

ITUZAINGO

DIARIO DE GUERRA DEL COR. JOSÉ BAÍTO DEL PINO

Que el día de la acción no se diese asenso a orden ninguna, si el conductor de ella no llevaba una papeleta.

Se me ordenó situarme a la cabeza de la columna y hacer detener a todas las mujeres, previniendo al coronel Brandzen (que con su división cubría la retaguardia), pusiese una guardia para que no se separasen.

Caminamos toda la noche.

19. — Seguimos la marcha al paso del **Resario** en **Santa María**. El general en jefe estuvo dando prisa a las carretas a que llegasen al monte, pues el enemigo estaba a 1 y $\frac{1}{2}$ leguas de distancia.

Hubo junta de generales para discutir si debía o no darse la acción, o pasar al otro lado del **Santa María**. La discusión fué muy animada; pero todos opinaron que la batalla debía darse. — El general en jefe se conformó, a pesar de que no era esa su opinión, y mandó sondear el vado, que ya no daba paso; sin ese inconveniente, tal vez se hubieran decidido por aplazar el día de la acción. Parece que con el general Lavalleja hubo escenas chistosas. Decía este general que había reconocido al enemigo, el estado de sus caballadas, y creía que estaban estas últimas en mal estado, y creía sumamente fatigadas las tropas contrarias. El general en jefe le interrumpió bruscamente, diciéndole: «¿Qué sabe usted de conocimientos ni de calcular?» «Tal vez más que el señor general, le contestó Lavalleja, porque yo no soy de los que van a reconocer al enemigo con el anteojo, sino que lo reconozco peleando y exponiendo mi pellejo».

Se carneó, se tomaron los caballos de reserva, y cerca de anochecer nos pusimos en marcha para encontrar por la mañana al enemigo.

Se ordenó que la divisa fuese una banda blanca que cruzase del hombro derecho al costado izquierdo.

La infantería y la Artillería se adelantaron y tomaron posiciones, lo mismo que la Caballería.

20. — Al amanecer, el general en jefe montó a caballo, diciendo: **Vamos a vencer cara...**

La descripción de esta célebre batalla, se publicó, y está llena de inexactitudes.

Mal podría un oficial subalterno, como yo lo era, entrar a detallar los diferentes episodios de ese gran drama, cuando la naturaleza de mis funciones me tenían de un lado a otro, llevando

órdenes ya a vanguardia ya a retaguardia, —demandándome algunas mucho tiempo,— y en los momentos en que podía observar algo, se me mandaba apearme y escribir diferentes órdenes sucintas, pero multiplicadas.

Sin embargo, algo diré: Cuando el general en jefe marchó, mandó al general Mansilla a retaguardia al paso del Rosario a que remitiáse la gente que pudiese haber quedado diseminada y colocase una guardia que velase sobre los equipajes del Ejército, por haber quedado abandonados. Yo fuí con él y así no pudimos encontrarnos en el principio de la batalla. Cuando regresamos a ella, estaban en el gran movimiento del centro enemigo, que contuvo el 5º de Cazadores desplegado en tiradores.

El general en jefe había ido a hacer cargar al 1º. Regimiento de Caballería al mando del coronel Brandzen, a una fuerza de infantería; y aunque este jefe le hizo presente que era imposible por haber al frente un barranco intransitable para la caballería, y que iba a ser fusilado su Cuerpo sin poder vadearlo; insistió sin embargo, y allí murió este esclarecido coronel y algunos de sus oficiales, entre ellos mis dos amigos Marcó y Lavalle, que me habían pedido el lápiz para levantar el croquis de la batalla; murieron muchos colorados y al fin tuvo que retirarse.

El general Mansilla había recibido orden de... al coronel Paz con su Regimiento para cargar otra fuerza de infantería; llegado al punto que se creyó conveniente, cargó pero fué rechazado con pérdidas.

Este Cuerpo perdió al comandante Besares, no en esta carga, sino estando en posición. El general en jefe había ordenado al coronel Paz que se mantuviese en aquel punto hasta nueva orden. Este punto estaba al alcance de la Artillería enemiga. Una bala de cañón se llevó al coronel Besares y de cuando en cuando se llevaron otras, algunos soldados. En tales circunstancias pasó por allí el general Lavalleja, el que le dijo: ¿Qué hace Vd. aquí, expuesto inútilmente al fuego; cargue Vd. o retírese algunas varas más a retaguardia, poniendo a cubierto de los fuegos su tropa. El coronel Paz le dijo: que estaba allí porque tal había sido la orden del general en jefe; que si él (el general Lavalleja) le ordenaba que marchase a retaguardia, lo haría. El general Lavalleja le contestó en el acto que sí, y que tomaba sobre sí la responsabilidad. En estos momentos llegó el general en jefe y se incomodó altamente con el coronel Paz porque no había variado de posición, sin hacer caso de las

observaciones de aquel jefe pundonoroso, fundadas en sus terminantes órdenes.

Cuando se ordenó al comandante don Servando Gómez cargase una fuerza grande de caballería enemiga, dispuso el general en jefe que el 16 al mando de su valiente coronel don José Olavarría lo sostuviese; y ordenó al 8; al mando del coronel don Juan Zufriategui, flanquease al mismo tiempo esa fuerza. Este 8 tenía sobre 700 plazas.

El coronel Gómez no miró, si el coronel Zufriategui avanzaba o no, y con su bravura natural vió solamente a los enemigos y los cargó; peleó con su intrepidez habitual, pero fué rechazado, pues los enemigos tomaban más valor desde que vieron que el 8 no maniobraba. En esos momentos viendo el coronel Olavarría todo lo que ocurría, gritó a la fuerza del comandante Gómez que se corriesen a derecha e izquierda y le despejasen el frente. Entonces, como dice muy bien el parte de la batalla, cargó el coronel Olavarría maniobrando con sus bravos lanceros como en un día de parada, envolviéndolos, lanceándolos y persiguiéndolos hasta fuera del campo de batalla.

El general en jefe no estaba satisfecho de su favorito el coronel Zufriategui, pues al desfilar poco tiempo después el Cuerpo de su mando por delante de S. E., éste lo llamó por dos veces, y fingió que no oía, hasta que exaltado le gritó: Coronel Zufriategui, cara... , no oye Vd. que lo llamo; entonces se acercó y el general en jefe lo separó a un costado, y siguió hablando con él con un calor de acción que dejaba conocer que eran reconvenciones que le hacía sobre la conducta del Cuerpo de su mando. Este Cuerpo sólo tuvo un sargento muerto de una bala perdida, y un soldado herido.

Por último, dispersa y acuchillada la caballería enemiga por el valiente coronel Lavallo, coronel y comandante Oribe, coroneles Olivera, Olavarría, Gómez, etc., desmoralizada la infantería por los destrozos hechos por nuestra artillería, principalmente por la batería del capitán Chilabert; la artillería misma de ella obligada a callar los fuegos por la actividad y excelente puntería de nuestros artilleros, el general enemigo ordenó la retirada, formando un gran cuadro.

El campo estaba ardiendo por ambos costados; hacía un Sol abrasador; los enemigos no habían comido ni bebido agua hacía 24 horas; iban materialmente exánimes, y conteniendo a la tropa el general y la oficialidad porque querían rendirse. Ellos estaban tan

convencidos de que se verían obligados a ello antes de llegar a **Caziquey**, que iban congratulándose con algunos oficiales nuestros que llevaban prisioneros, para que en el caso que temían les sirvieran de protectores.

El coronel José Rodríguez Barboza que vino a cumplimentar al general en jefe, cuando se hizo la paz, a nombre del general Vizconde de la Laguna, le aseguró al general Lavalleja, que jamás creyeron llegar a Caziquey sin rendirse por el estado de fatiga y desmoralización de la tropa.

Marchaban, al costado del cuadro el general Lavalleja, el coronel don Manuel Oribe, el coronel don Juan Lavalle y el coronel Olavarría, y viendo que aquel cuadro no podía escapárseles, mandaron pedir al general en jefe un par de piezas de artillería para cañonearlo un poco y cargarlo en seguida; respondiendo con su cabeza del resultado. El general en jefe se negó a ello tenazmente diciendo: «que si todos querían ser generales en jefe; y él sabía lo que hacía». No satisfecho con esto, mandó que se retirasen esas fuerzas, con órdenes repetidas llevadas sucesivamente por sus edecanes coronel don Xavier López, comandante don Pedro Lenguas, capitán Pedriel, mayor Artalleta, etc. Tuvieron que dar cumplimiento.

Así, pues, siguieron tranquilamente la marcha, pasaron al otro lado de Caziquey y variaron completamente de tono con los prisioneros tratándolos con la mayor dureza. Luego registraron el monte y dieron con varios de los entierros, entre ellos el del coronel Garzón, a quien le llevaron todo su servicio de plata.

A la vuelta de una orden que fui a dar vi un herido joven enemigo, que tenía rota una pierna e iba a cargarlo en ancas, cuando llegó un ayudante Royano (yo no era más que teniente 1º) y viendo lo que iba a hacer me dijo: «nada, nada a estos pícaros portugueses, matarlos», siempre conservaré la mirada ardiente de gratitud de aquel desdichado viendo los esfuerzos que hacía por salvarlo de aquel asesino, porque no es otra cosa el que mata a un rendido y mucho más a un herido después de acabada una acción. Fuese, pues, derecho a él; entonces el infeliz se tapó la cabeza con una parte del poncho y en ese estado le descargó la pistola en la cabeza el ayudante Royano dejándolo muerto. A mi llegada al cuartel general me dijo el general en jefe: «me dicen que andan matando los heridos; vaya Vd. inmediatamente y tráigame al que encuentre ejecutando esos actos de barbarie», y despachó otros oficiales para lo mismo en otras direcciones; ya había cesado cuando llegaron.

Ese mismo día, de vuelta de dar una orden, me llamó, interrogóme de dónde venía, lo satisfice y añadí que había estado viendo un momento el cadáver del mariscal Abreu; me hizo que lo guiase y lo estuvo considerando largo tiempo.

Volvió a campo y de pronto exclamó: «¿Qué pulvareda es esa, que se ve del otro lado del paso del Rosario? Sin duda son enemigos, que vendrán a querer renovar por allí la acción y arrebatarnos el parque y equipajes: — que venga la artillería, y forme la infantería, y marche una fuerza de caballería a reconocer aquel punto». En balde el general Soler le hizo varias observaciones en oposición a que pudiesen venir a este lado, entre otras la dispersión general de la fuerza del Ejército y el llevar una dirección opuesta, a la que suponía que venía por el paso del Rosario; que aquella sería alguna pequeña fuerza de observación que nada podía influir, ni era posible que tuviese la audacia de pasar, estando crecido el río de Santa María. Todo fué infructuoso; hizo colocar la artillería en batería, escogiendo un terreno elevado, retornó allí la infantería, y al poco rato volvía la fuerza de caballería, dando cuenta que nada había y que tal vez sería alguna yeguada que tal vez anduviese aun asustada del ruido del fuego de la batalla.

Marchó entonces a una cañadita inmediata e hizo llamar allí a todos los jefes de los Cuerpos procurando justificar su conducta en no haber perseguido al enemigo. Ninguno le contestó una palabra, pero en sus semblantes se leía el disgusto que tal conducta les había ocasionado.

No se tomó artillería alguna, sólo una pieza y una fragua de campaña que habían caído en un barranco. Es verdad que durante la acción se tomaron algunas, pero que siendo abandonadas las volvieron a tomar los enemigos.

Unos pocos prisioneros hubo, y pasado un mayor Chagas.

Entre los muchos nuestros murieron el coronel Brandzen, el coronel Besares, el capitán Marcó, el capitán Escobar, ayudante don Ignacio Berro, teniente Villanueva, ídem don Ignacio Lavalle y el capitán Lasarte.

Heridos entre otros recuerdo a los capitanes Donado y Sotelo, ayudante Correa, ídem don León Ares, tenientes Diana y Robles, ayudante Boedo, teniente Boedo, ídem Díaz, ídem Wilde y el capitán don Juan Ventura González.

Al anochecer nos pusimos en marcha por el paso del Rosario, triunfantes y de donde habíamos salido para dar la batalla.

Todo el campo ardía aún y caminábamos flanqueados por dos caminos de fuego; allí se consumieron muchos de los cadáveres de nuestros bravos, como de los de los enemigos. Se veía igualmente a cada paso caballos que se dejaban quemar, no teniendo el instinto suficiente para huir, y no hacían más que corcovear hasta que el fuego los sofocaba. Llegamos a las 11 de la noche.

21. — Este día dió el general en jefe la proclama siguiente:

«¡Soldados!

El día de ayer en «Ituzaingó» habéis dado un nuevo día de gloria a la Patria; cuando la noticia de este triunfo llegue a la República Argentina, todos nuestros conciudadanos cantarán loores a vuestro valor. — ¡Soldados! vosotros sois bien dignos del aprecio de la República. En 55 días de marcha no habéis tenido un solo descanso; las privaciones que habéis sufrido son de todo género; vuestro general está contento de vuestra conformidad, y de la frente serena con que habéis soportado todas las fatigas entre los rayos de un Sol abrasador.

«¡Soldados! vuestra gloria es inmensa; puesto que habéis hecho triunfar el Pabellón Argentino en BACACAY como en el OMBÚ, aquí, como en ITUZAINGÓ.

«Las águilas imperiales no han podido mirar de frente los rostros republicanos; los resultados de vuestra campaña son inmensos; habéis tomado los depósitos de armamento, municiones y vestuarios que el enemigo había acopiado por espacio de un año. Esa gran columna formada con el temerario intento de profanar algún día el suelo sagrado de la Patria, vió en un solo instante deshacerse las pretensiones orgullosas del Emperador del Brasil: — en los campos de ITUZAINGÓ queda la memoria eterna de las víctimas sacrificadas a su ambición. La guerra que sostenéis es la más justa de todas las guerras; y el Soberano del Universo se complace en premiar con el laurel de la Victoria a todos los bravos que marchan por el camino del honor.

«¡Soldados! Seguid vuestro destino: la República premiará a manos llenas vuestros esfuerzos, y algún día, después de concluída esta guerra sagrada, cuando volváis al seno de vuestra familia, llevaréis en vuestro corazón el noble orgullo de poder decir que habéis

sido soldado del «Ejército Republicano» en la campaña del Brasil.
«Cuartel General en marcha, a las inmediaciones de Cazi-
quey Grande. — Febrero 21 de 1827. — CARLOS DE ALVEAR.»

Yo pasé enfermo del pecho al Hospital, cuya enfermedad se me originó de la incesante fatiga, día y noche de servicio, desde que salimos del Arroyo Grande. Se unía a esto una gran afección moral; estaba cubierto de insectos, sin ropas, porque la que teníamos habíamos tenido que tirarla, y sin recursos de ninguna especie.

Antes de entrar al Hospital el jefe del Estado Mayor me mandó a una estancia donde estuvo campado el capitán don Felipe Caballero, con orden de que se hiciese limpiar en el momento, pues iba a transferirse allí el Hospital.

A la oración se puso en marcha el general en jefe con el Ejército, excepto los Regimientos 1º y 3º de Caballería, un piquete de Artillería, una Compañía de Cazadores, que quedaron con el Parque, Maestranza y Hospital, todo a las órdenes del general Mansilla que también quedó con algunos ayudantes del Estado Mayor.

22. — En el mismo punto.

23. — Que todo se aprontase, porque debíamos marchar mañana muy temprano.

Vino el teniente coronel Aguirre al cuartel general, para pasar a Buenos Aires con el parte.

Por él se supo que se había dado cuatro grados de coroneles efectivos a los graduados Garzón, Alegre y Olavarría y al teniente coronel Aguirre. — Que se habían pasado algunos enemigos, y que éstos iban en una gran dispersión.

24. — Marchamos temprano y caminamos hasta las 5 de la tarde; se quebraron ocho o nueve carretas. — Pasamos este día por el campo de batalla y los cadáveres que existían no parecían de hombres, hinchados por el calor de un Sol abrasador, y ennegrecidos por la acción del fuego que los había agrietado en varias partes, parecían unos monstruos. Allí quedaban insepultos.

Pasamos a **Chapicuy** de Portugal.

25. — Marchamos a las seis de la mañana.

Un soldado fué a decir a los ayudantes de parte del general Mansilla que tuviesen vergüenza c . . . , que él estaba desde por la mañana a caballo y todavía no parecía ninguno. Hizo castigar a su vista a un soldado, con 50 azotes, por no sé qué descuido.